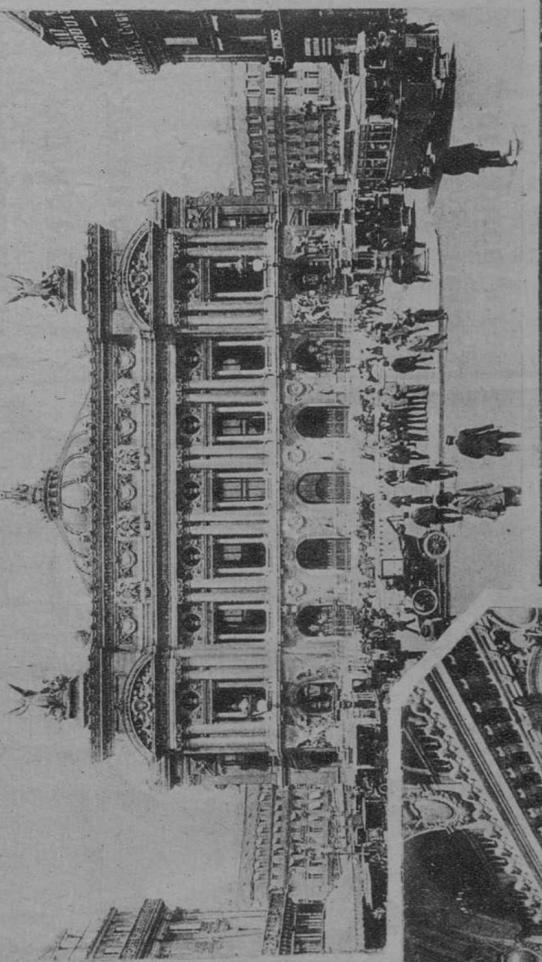
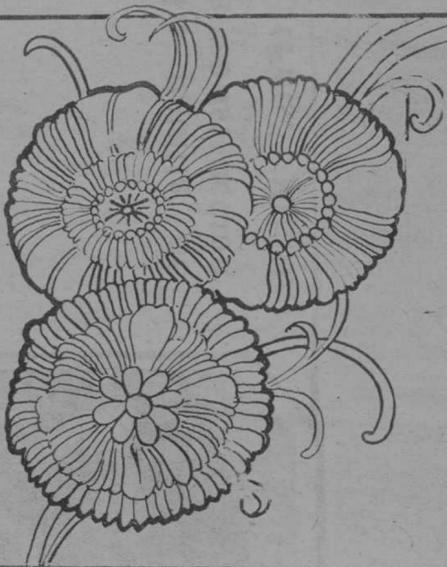


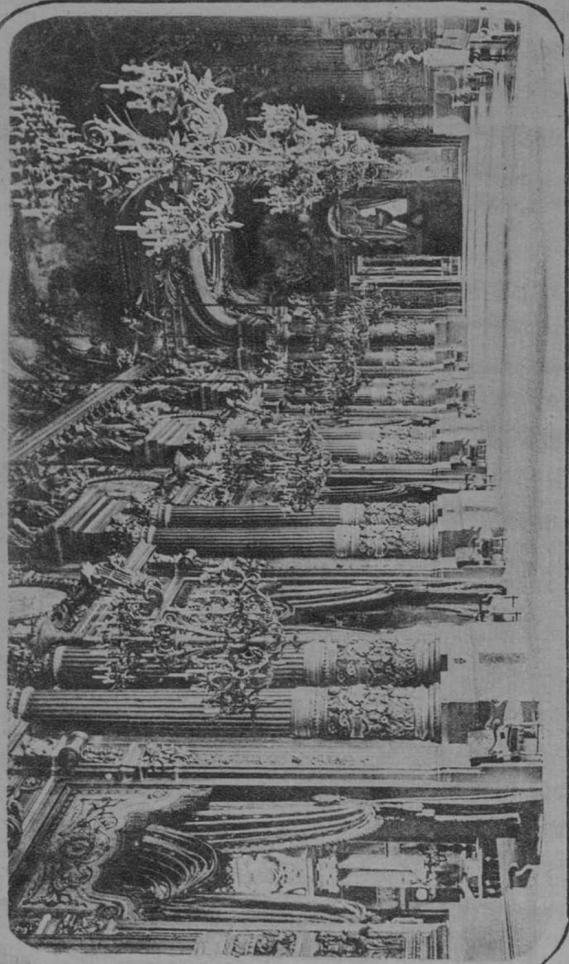
EL TEATRO
DE LA OPERA
DE PARIS



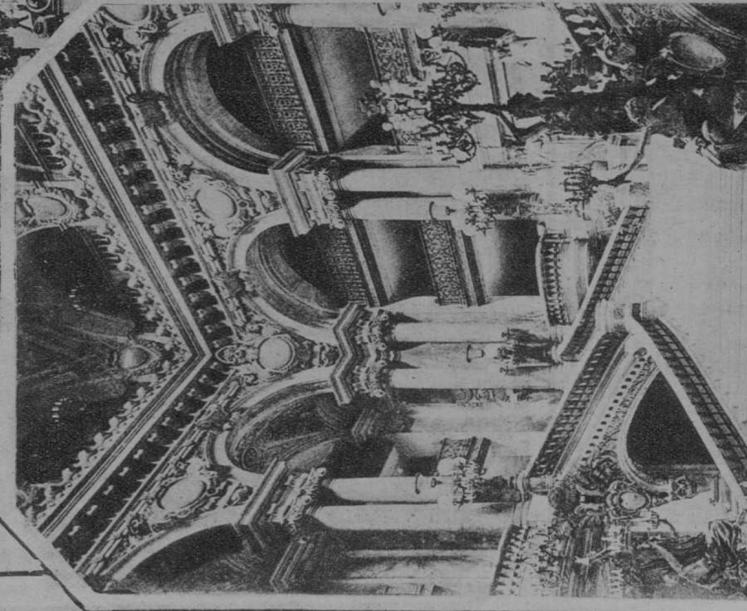
La fachada principal del edificio



El foyer de la Opera



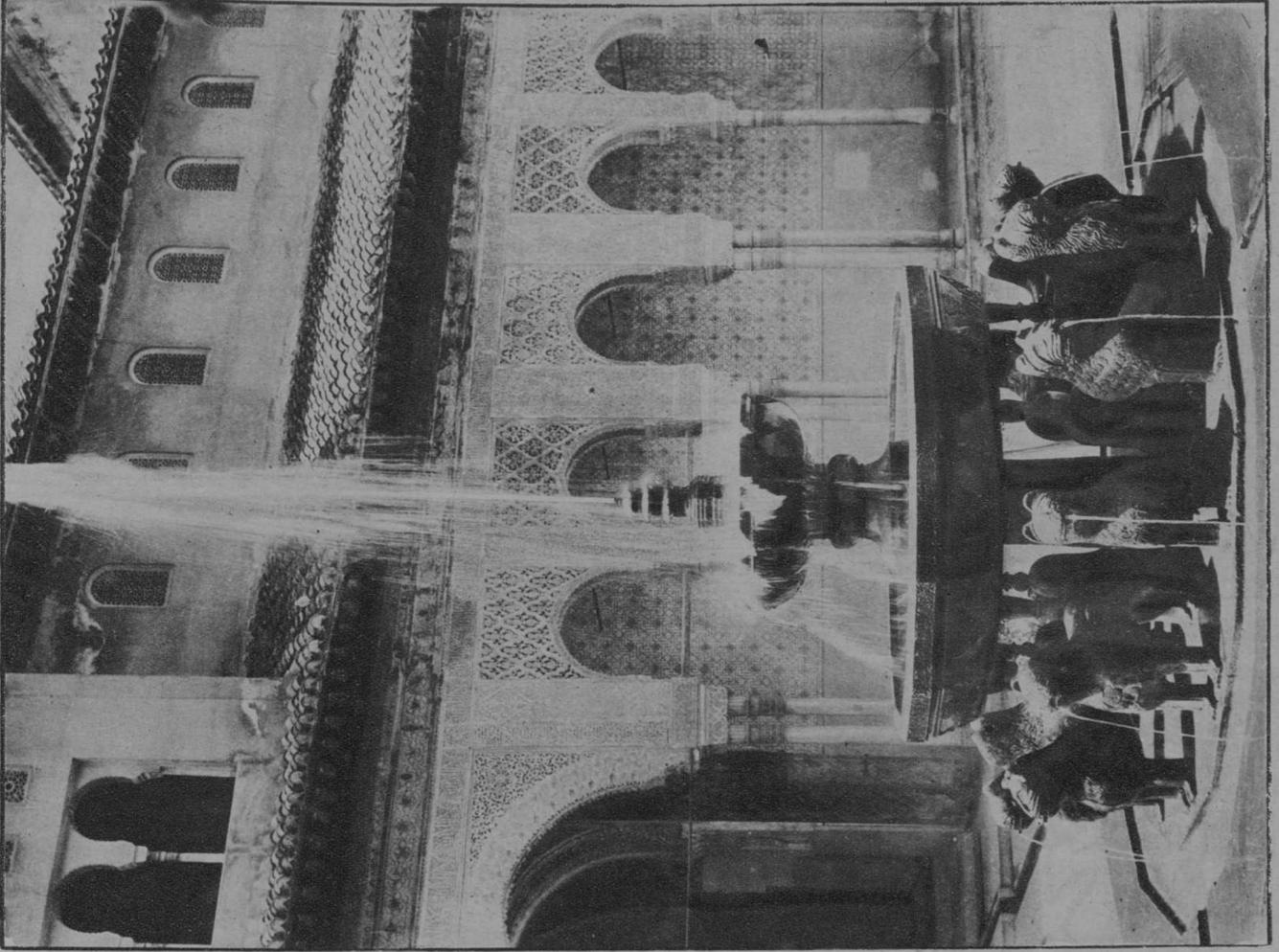
La escalera del teatro



ENERO
27
1929

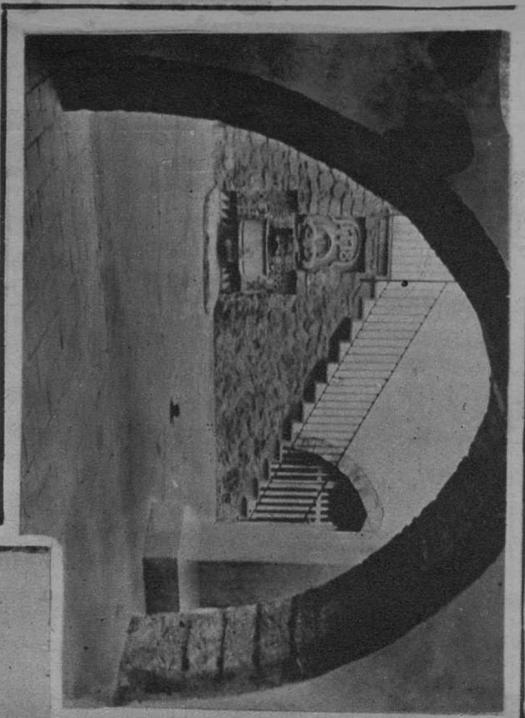
AGENDA EXTRAORDINARIA
DE
El Día Gráfico

NUM.
146

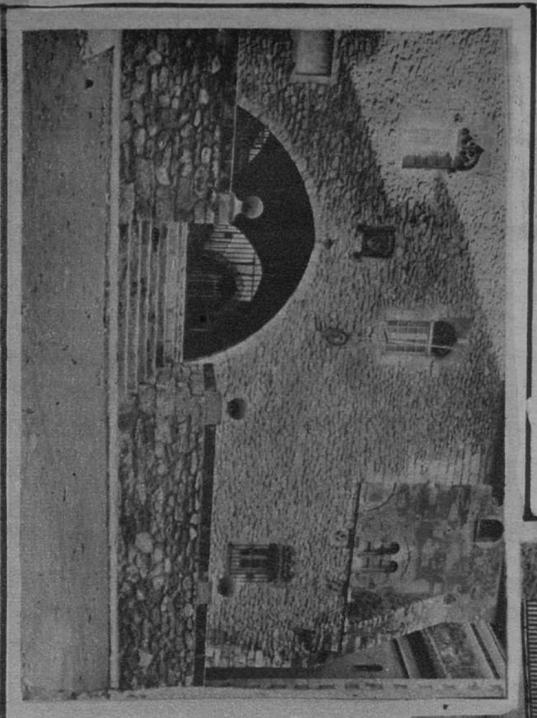


ALHAMBRA. Patio de los Leones

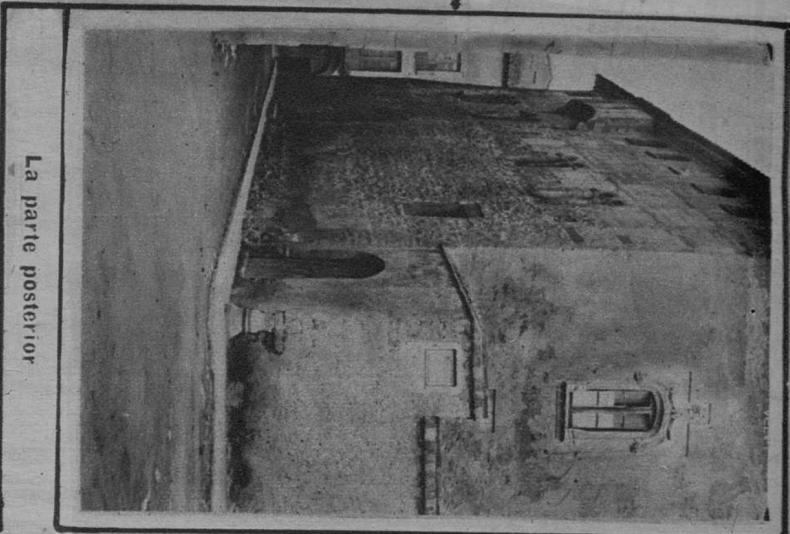
**EL CASTILLO DE LA GELTRÚ
RESTAURADO**



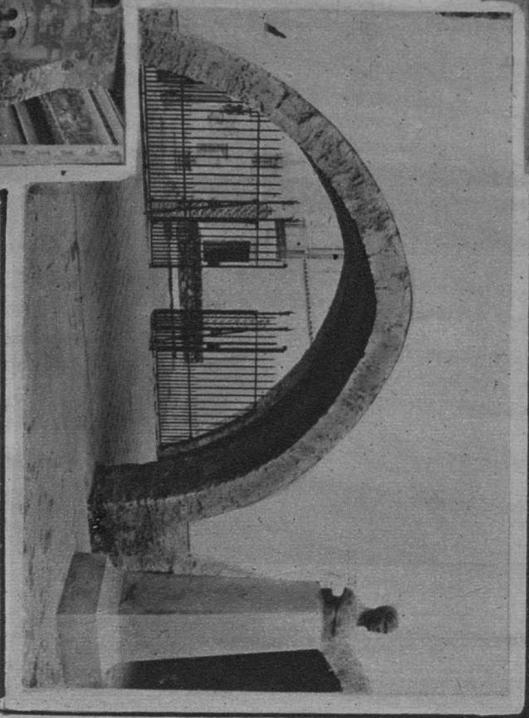
El patio



La fachada



La parte posterior



La estatua al restaurador del castillo,
arquitecto don José Font Gumá

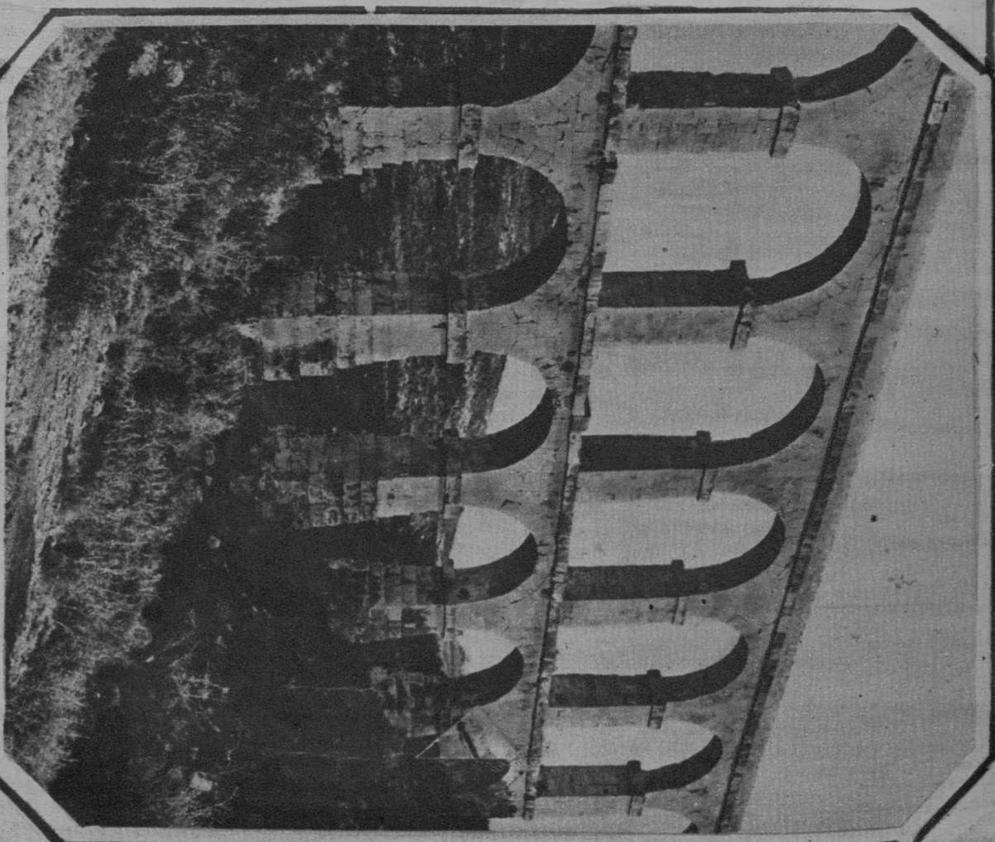


(Fots. Vilalta)

**EL ACUEDUCTO
ROMANO
DE TARRAGONA**

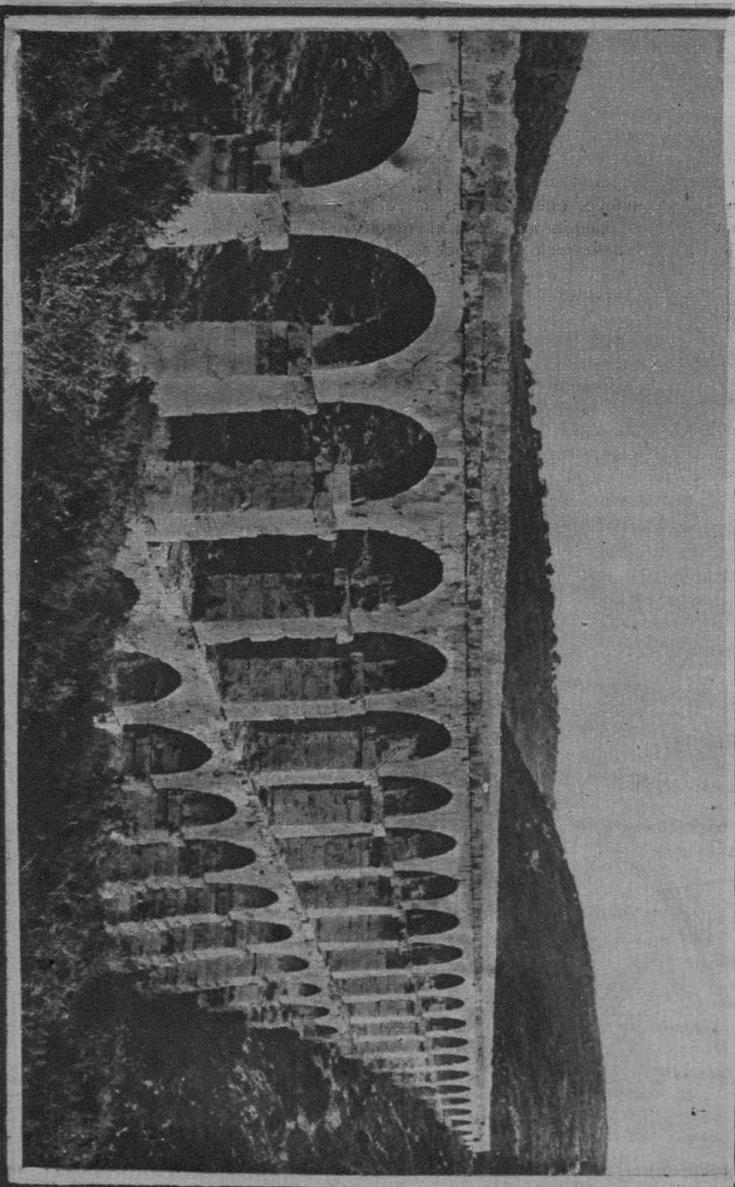


Vista general
del acueducto

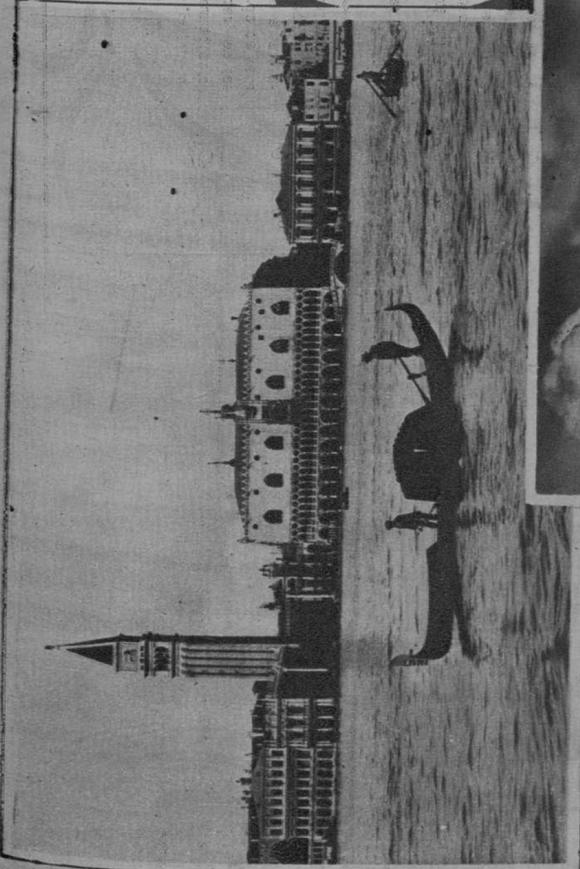


Un detalle de
la construcción

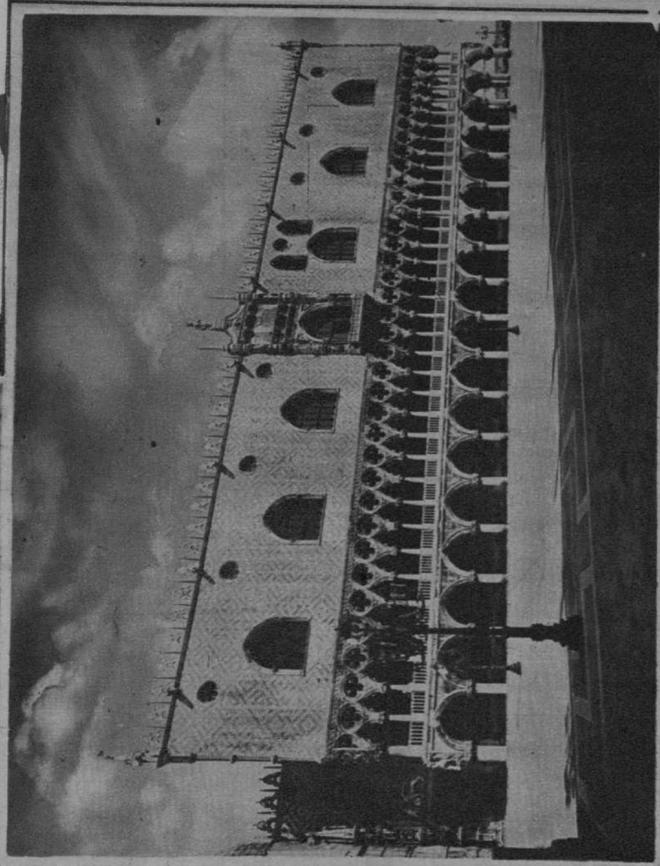
(Fots. Vilalta)



**EL PALACIO DUCAL
DE VENECIA**

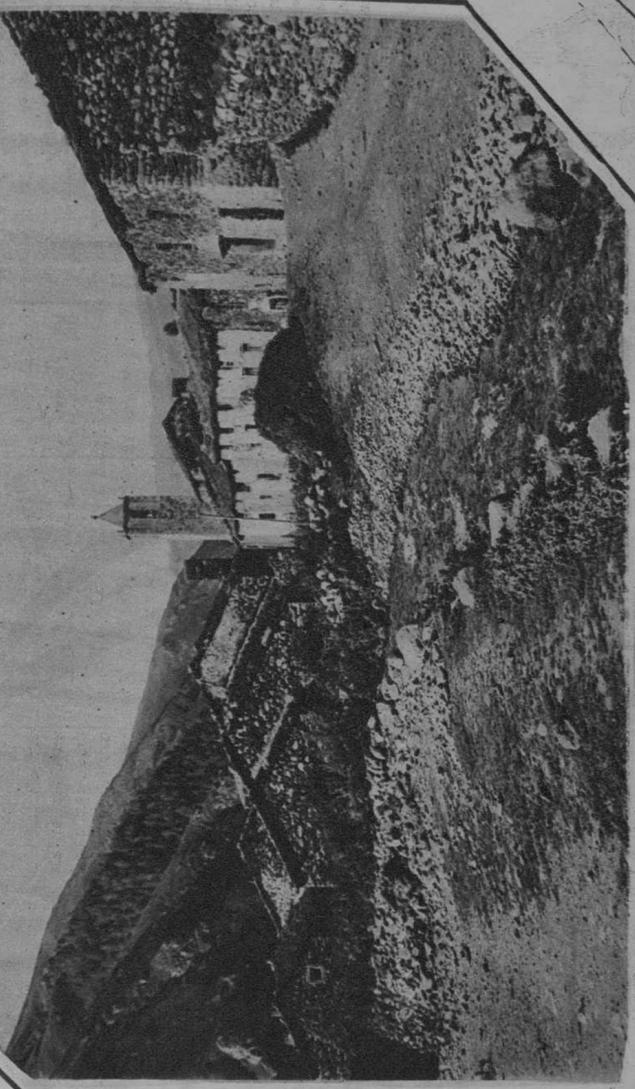
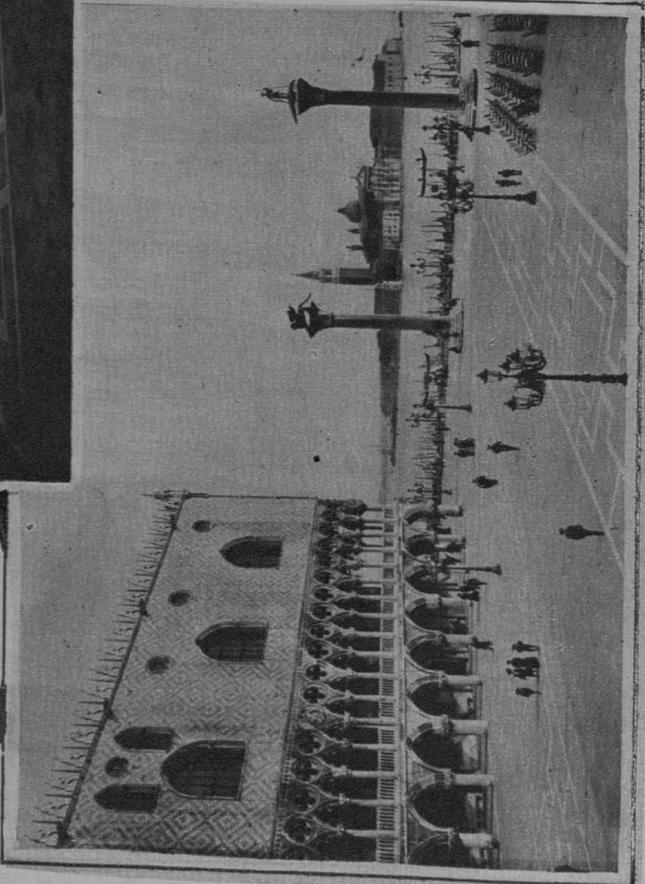


**El Palacio visto
desde la isla de**

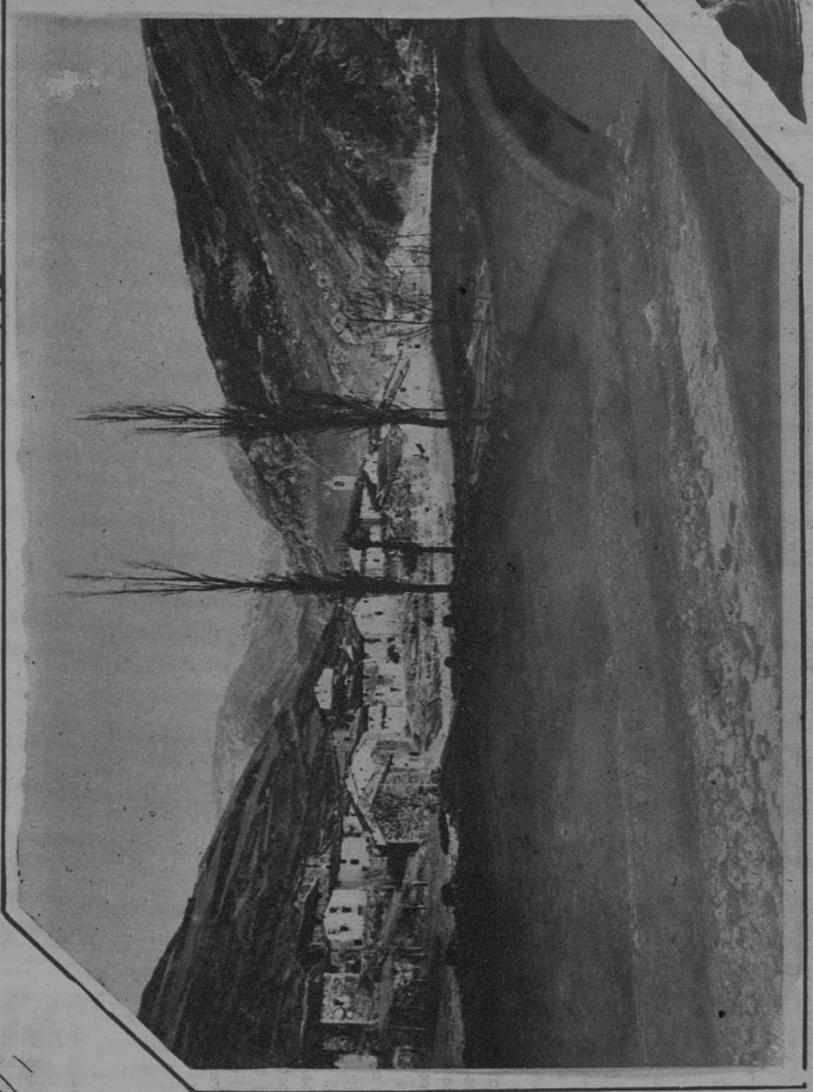


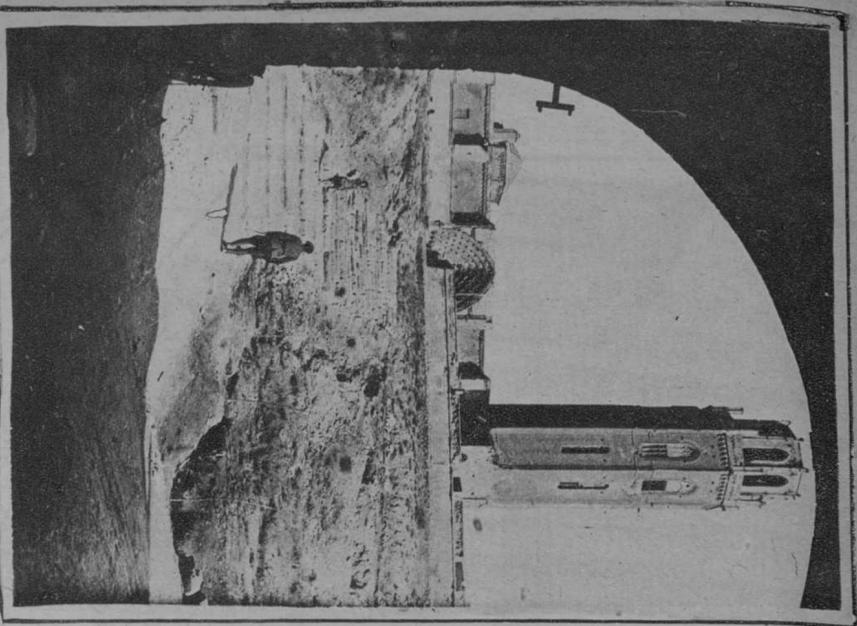
**La fachada
del Palacio**

**San Jorge
La Plaza del
Palacio Ducal**

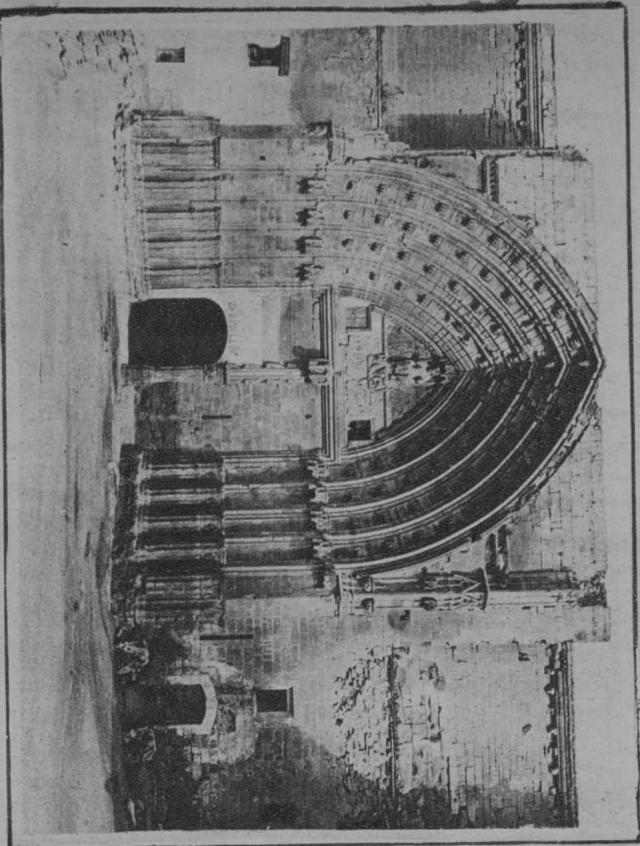


**EL PINTORESCO PUEBLO DE SET CASAS,
EN EL PIRINEO CATALAN,
A 1230 METROS DE ALTURA**





Desde la entrada del castillo



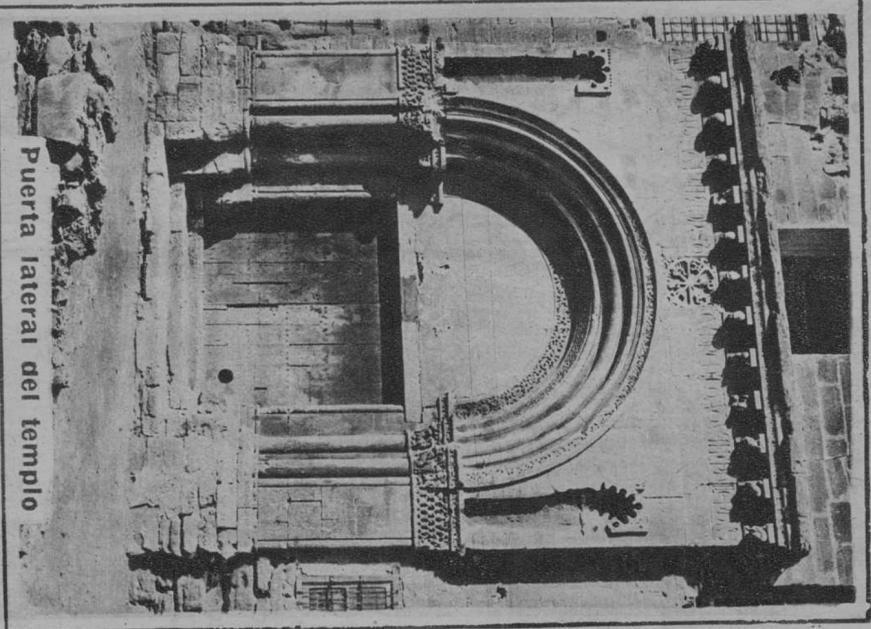
La puerta principal

LAS BELLEZAS DE LA VIEJA CATEDRAL DE LERIDA

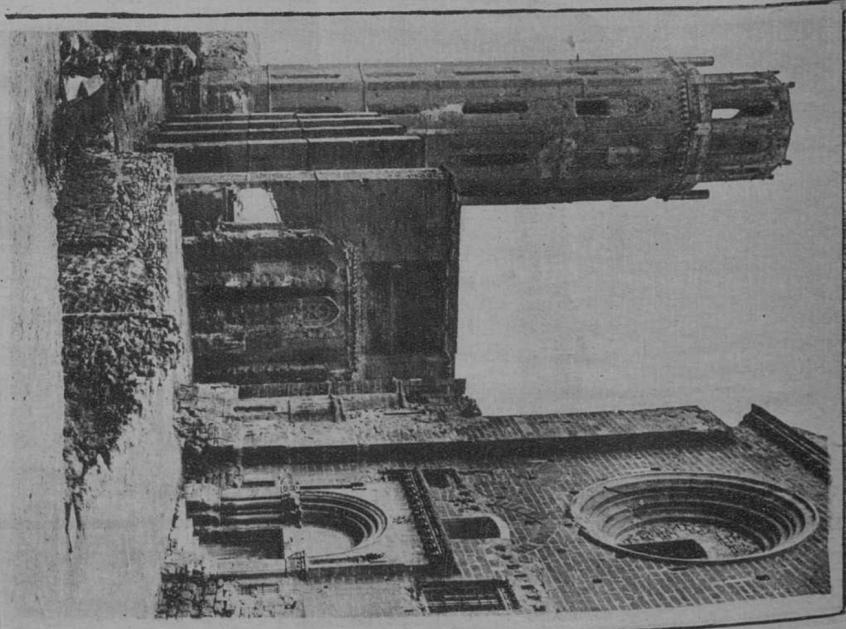


Un capitel de la iglesia

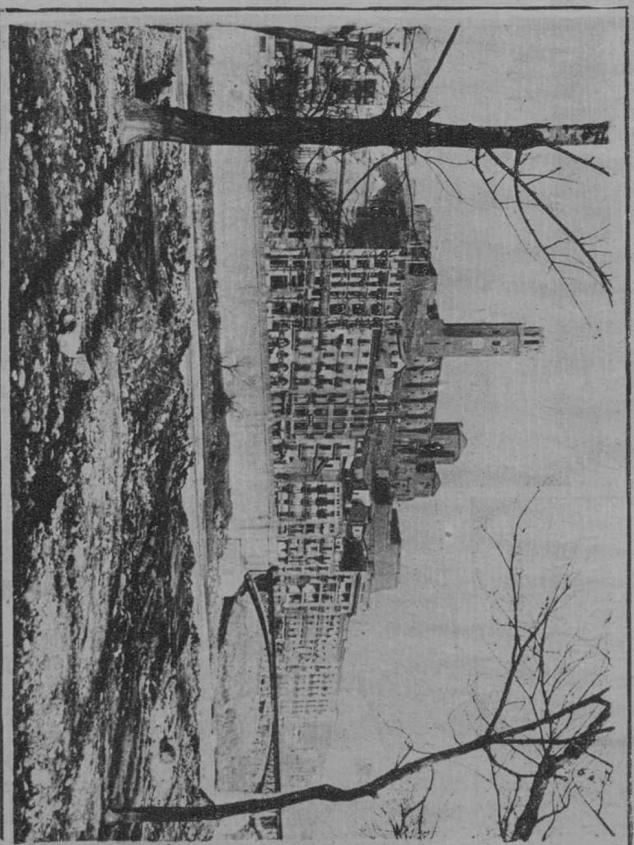
(Fots. Vilalta)



Puerta lateral del templo



El abside del templo



Vista general de la Catedral vieja

LAS MENTIRAS

DEL AMOR

POR
SULLO
DANTAS



—Vale más estar bien que mal con ella—alegaba Kvostov—, y si saben que tú has trabajado para que reanuden sus trabajos, te respetarán, pero si te opones a ella, como tarde o temprano será abierta, vendrán las interpelaciones contra ti.

Rasputín, que temía los discursos de la Duma accedía, al principio, retractándose. Kvostov se desesperaba. Luego, cuando llegó el odio a los alemanes intentaba atacar aquellas compañías que, como las sociedades de electricidad, estaban bajo la influencia alemana, siempre encontraba, protegiéndolas, la influencia de Rasputín. En el asunto de la Wasiltchikova, Rasputín. En el asunto de los dentistas de Smolensko (*), Rasputín. Kvostov, decidió, por patriotismo, y para romper la subordinación que lo ataba al favorito de palacio, eliminarlo.

Kvostov, quiso convencer a Bieletski de la necesidad de hacer desaparecer a Rasputín.

—He comprobado que ese hombre daña a la patria y a la dinastía y que nos daña, también, a nosotros. Si desaparece, la influencia de la Virubova disminuirá y acabará por ser nula. La situación política se aclarará. La Duma podrá trabajar tranquilamente y nosotros afirmaremos nuestra situación.

—Pero ¿cómo podemos hacer desaparecer a Rasputín?—objetó Bieletski. —Acentuando, primero, los riesgos que rodean a Rasputín con sus salidas nocturnas y el rencor que por él siente el pueblo. Una noche cualquiera, en la "Villa Rodé" o en el restaurant "Dondon", organizamos una disputa que se convierte en riña, y Rasputín aparece muerto.

Bieletski, en sus declaraciones ante el tribunal revolucionario, alegó que estas proposiciones de Kvostov fueron por él rechazadas, ya que, la ejecución de Rasputín, nada hubiera resuelto porque necesitados los emperadores de un intermediario con Dios, ya que sólo creían, para la protección del zarevitch, en las fuerzas invisibles, aparecería otro Rasputín. Denunciar los propósitos de Kvostov, tampoco podía, porque salvando a Rasputín se atraería la animosidad del pueblo, y de la Duma. Resolvió, pues, simular la aquiescencia al proyecto para estorbarlo o impedirlo.

Los conciliábulos entre Kvostov, Bieletski y el general Komisarof, continuaron, Kvostov, propuso la muerte violenta y misteriosa.

—La ocasión podemos tenerla, cuando salga a cualquiera de sus excursiones nocturnas en automóvil. Llegado a una calle que esté solitaria, nuestros agentes asaltan el auto, ahogan a Rasputín, y lo echan al Neva, o bien lo entierran en la playa, bajo la nieve.

El general Komisarof rechazó el proyecto: —Eso es un proyecto burdo. Rasputín está muy vigilado y tendría que intervenir mucha gente.

Bieletski propuso el envenenamiento. En unas botellas de vino de Madera

(*) Proceso famoso que hizo ruido en Rusia. Los judíos no podían habitar algunas provincias rusas, habiendo adquirido unos cuatrocientos de ellos falsos certificados y títulos de dentista, con los que obtenían derecho de residencia. Para conseguir el indulto se dirigieron a Rasputín, haciendo el negocio uno de sus secretarios, Simonovitch, que fué detenido. El negocio consistió en unos 30.000 rublos, de los que muy pocos miles fueron a Rasputín, engañado por su secretario.

inició una hemorragia nasal que no pudo ser contenida a pesar de los esfuerzos del doctor Fiodrof, que lo acompañaba. La fiebre llegó y con ella los temores del médico, que aconsejó la vuelta a Petrogrado. El zarevitch perdiendo fuerzas, siendo necesario ir deteniendo el tren para realizar las curas. Al llegar a Tsarkoieselo, la hemorragia había disminuido, pero continuaba, y al llegar a palacio, el zarevitch sufrió un síncope.

—Que llamen en seguida al padre Gregorio—pidió, llena de angustia, la emperatriz.

Rasputín llegó, arrodillándose ante la cama del enfermo, rezando, curvado el cuerpo, levantándose para pasar sus manos por la cara terriblemente pálida del zarevitch, volviendo a rezar con un fervor de iluminado.

—Esta vez, tampoco morirá tu hijo—dijo a la emperatriz—. Dios me ha concedido su vida.

Coincidencia o sugestión, la hemorragia cesó, la fiebre descendió, la ventilla nasal inició su cicatrización, y otra vez, el milagro, atribuido a Rasputín, floreció en palacio, abriendo la alegría en el alma de la emperatriz y de los cortesanos.

Rasputín seguía siendo el "hombre de Dios", velando por la vida del zarevitch, como guardaba los destinos del Imperio.

Sin embargo la voluntad de Rasputín iba encontrando otra voluntad en la del zar.

Toda su abúlica indecisión y toda su mística blandura desaparecían ante la decisión inmovible de continuar la guerra, rechazando toda veleidad pacifista, a no ser que la paz se hiciera de común acuerdo entre los aliados. La resistencia a la paz venía de otro de sus matices místicos. Había prometido a Dios seguir la guerra. Era ya, pues, una cuestión religiosa la resistencia.

El conde de Eulenburgo, continuando los trabajos alemanes para separar a Rusia de sus aliados, escribió al conde Tsederiks, chambelán del emperador y el más fiel de los palatinos, una carta en la que le requería para que fuese reanudada la amistad entre los dos soberanos, para lograr la de los dos pueblos. La carta tenía un tono solemne que le daba un aire oficial. El conde Tsederiks la mostró a Sazonof, ministro de Estado, y éste, a su vez al zar.

—Contestemos—dijo éste—que Rusia no puede entablar diálogo sobre la paz, a menos de ser el diálogo general entre todos los beligerantes.

Después reflexionó. Aquella respuesta podía ser interpretada como un oculto deseo de negociaciones.

—No respondamos nada para que el silencio sea la respuesta más definitiva.

Sazonof, que representaba como el zar, la voluntad guerrera y que era el lazo de unión por medio de los embajadores, entre Rusia y Europa, y que era, asimismo, un adversario del rasputinismo, sintió la alegría de ver al zar, firme entre todas las conjuras, y recogió la carta, para archivarla en aquellos archivos que debía abrir la revolución.

El partido alemán, viendo que todas las tentativas de paz separada fracasaban, intensificó sus intrigas, sirviéndose de Rasputín como de un maniquí. Era preciso que desde el poder mismo se cumpliera el programa, haciendo cuanto fuera necesario. Goremykine era un hombre blando, que a veces con-temporizaba con la Duma, y siempre permitía a Sazonof la conducción de la

pero completamente desprovistos del sentido de las realidades y de las proporciones—muchos de los lugares comunes que hicieron fortuna en el lenguaje del amor. Y creo que no me engaño. Desde los tiempos inmemoriales ellos, vienen dándonos a las mujeres, con manifiesto escándalo y grave daño para las reglas de la cortesía, los nombres de muchas cosas que ellas no son y que, según creo, en ningún caso desaparecerán ser.

Anoche, en el te de la Embajada de X X. un joven moreno, de ojos negros, sentado en un rincón de una pequeña sala Imperio—no sé si sería poeta—exclamaba, creyendo que nadie le oía, dirigiéndose a una joven, también flaca, también morena y también de ojos negros, ingenua como una acuarela romántica de Eugenio Lami: —¡Mi paloma! ¡Mi flor!..!

Ahora bien; francamente, yo no sé en qué se puede parecer una mujer a una flor o a una paloma. No hay ninguna especie de columbido cuyas formas, cuyo tamaño, cuyos hábitos hagan recordar a la compañera del hombre, por más pequeña, por más piedad, por más arrulladora que sea, por muy redondos que tenga los ojos, por muy diminutos que tenga los pies, por muy vacía que tenga la cabeza. Más acertado sería comparar a la mujer con una gallina de la India, con una faisana dorada o con una pava real; y, sin embargo, no tengo noticias de que algún enamorado

ni ningún poeta lírico la haya comparado a estos animales. Debo confesar, además, que ninguna de las mujeres bonitas que conozco—y no son pocas—presenta la más leve semejanza con una flor, por más bella que sea la flor, o por más insignificante y estúpidamente vegetal que sea la mujer. ¿Porque se parecen en el color? Pues si es el colorido lo que las aproxima, en vez de llamar a la mujer que amamos «mi adorada flor», con mucha más propiedad podríamos llamarla «mi adorada caja de pinturas», sobre todo desde que ella se tiffe los ojos de azul, la boca de rojo, el cabello de amarillo y las mejillas de color de rosa. Flores que se parecen a los seres vivos sólo conozco una: cierta orquídea, que siempre me da la impresión del hociquito de los falderos japoneses.

Ahora bien, miss Dorothy, cuando pienso en vuestro delicado rostro, ligeramente pecoso como el de la Virgen Dorada de Amiens, no puedo dejar pasar sin protesta una comparación que pudiera hacer confundir a la más bella de las mujeres con el más horrible de los parrillos.

II

«MUERO POR TI»

Yo preferiría que todos los enamorados usasen un lenguaje siempre verdadero y con algún sentido de las proporciones en la manera de manifestar sus sentimientos.

I
«MI PALOMA, MI FLOR...»

Yo atribuyo a los poetas—pobres espíritus dotados de vago instinto melódico,

El amor, depravado de todas las exageraciones de todas las falsedades y de todas las ilusiones, sería así más noble y más bello. Lo malo, mi querida miss Dorothy, es que el día en que el amor quisiera prescindir de la mentira, dejaría de ser el amor. Hace algunos días, paseando por la avenida de uno de esos jardines antiguos, muy copiados en las tapicerías del siglo XVIII, y cuyas arboladas, en la opinión de algunos pintores futuristas, son azules, vi a un par de enamorados que aproximaban exageradamente sus bocas (no me atrevo a decir que se besaban) y que murmuraban—no sé si él o ella—con una convicción profunda: —¡Me muero por tí!

Estas palabras me parecían alarmantes. A mí me causa siempre sincera pena ver morir personas que están en la flor de la vida. Me pregunté a mí mismo de qué se estaría muriendo, y quedé convencido de que su muerte sólo podría ser atribuida a la asfixia, tan violentamente pegadas tenían las bocas. Más tarde supe que, felizmente, ambos gozaban de perfecta salud, y que las inquietantes palabras por ellos proferidas no era más que una de las muchas mentiras que a los enamorados les gusta decir a oír. Si todos aquellos que en sus intimidades amorosas se afirman que se mueren, los unos por los otros, fallaciessen efectivamente, el amor produciría más muertes que nacimientos y, por lo tanto, un descenso rápido de las poblaciones, cosa que, con toda razón, preocuparía a los demógrafos del mundo entero. Gracias a Dios que, entre tanto, los enamorados de amor gozan de excelente salud y —salvo algunos casos de romancesca melancolía, a la que le sentaría muy bien el chalesco amarillo de Werther—siguen muriendo todos los días lo más agradablemente posible, participándose con la mayor convicción unos a otros, en los bancos de los jardines y en los ángulos de los salones.

El amor y la muerte, el alta y el omega, el principio y el fin, están tan íntimamente unidos en el espíritu de los hombres, que la muerte se ha vuelto lo más vehementemente expresión de la exaltación amorosa. Me sería muy penoso, miss Dorothy, oírse decir una muerte, pero confieso que me sentiría el hombre más feliz de la tierra si de vuestros labios, por entre el humo azul de un Abdulla, se desprendiesen estas palabras perturbadoras: «Me muero por tí. ¿Sería mentira? ¿Eo qué importa, si para mí pragmatismo amoroso esa mentira es una verdad?»

OTRA QUE ME QUERRAS ETERNAMENTE.

Siempre me sorprendió mucho la imperfecta noción que todos los enamorados tienen de la eternidad. Hace poco tiempo a un que, en una colección de cartas de amor, que vino a parar a mis manos, encontré repetida decenas de veces esta frase: «No piden que las juremos un amor eternamente.» Francamente, nunca he comprendido bien el motivo por qué las mujeres enamoradas

nos piden que las juremos un amor eterno. O quieren que hagamos un juramento falso, o piensan que la eternidad no dura mucho. En primer lugar, el amor, sentido por naturaleza efímero, transitorio, inconstante, fugaz como el humo, si llega un día a ser eterno dejaría, por eso mismo, de ser amor. En cuanto a mí, miss Dorothy, no me comprometería a amarte eternamente, porque no sé qué formas iría revistiendo, con el curso de los siglos, la materia de que estoy formado. Si sucediera—lo que no está en mi mano evitar—que yo renaciese en forma viva, con la sintesis orgánica de una col, de un cocodrilo,



lo, de una palmera o de un caracol, no me puedo responsabilizar de los sentimientos que el caracol, la palmera, la col y, sobre todo, el cocodrilo, lleguen a manifestar a vuestro respecto. Y como la teoría del «retorno universal», de Nietzsche, no ofrece a los novios que hoy, por ejemplo, se están amando en Venecia, a la luz de la luna, que de aquí a dos millones de años se seguirán amando a la luz de la misma luna, en una «lloggia dorada de la misma Venecia nupcial, me veo obligado a concluir, miss Dorothy, que la eternidad del amor es una eternidad muy limitada, una eternidad que a veces no dura más de ocho días, cuando no dura solamente, como las rosas del poeta, «l'espace d'un matin».

Yo bien sé que algunas mujeres, de aspiraciones más modestas, nos piden que las amemos solamente toda la vida. Confieso que me sería desagradable contraer el compromiso de amar toda la vida a una única mujer, porque sólo podría cumplir mi palabra si viviera poco tiempo. Ningún sentimiento intenso puede ser durable, y la pasión amorosa tiene, en su propia vehemencia, el germen de su muerte. Además de eso, el amor vitalicio, como los empleos públicos, es una concepción demasiado burocrática, que trae inmediatamente consigo la idea libertadora de una transferencia o de una mudanza. Querer que se ama a alguien toda la vida es confundir excesivamente el amor con los trabajos forzados, el beso con el «hard labour», y yo no desearía miss Dorothy, llegar a tener nunca que considerar como un

trabajo forzado la agradable tarea de besar la mano.

Para nosotros, amiga mía, el amor es la hora que pasó; podrá ser, en su ocaso, el recuerdo amable de la hora que pasó; nunca será el compromiso de la hora que ha de venir. Si ni el mañana existe para el amor, ¿cómo puede existir la eternidad?

IV

«SOY TUYA, TODA TUYA»

Aquella mujer vestida de blanco, con los ojos febriles, los cabellos negros sueltos sobre la espalda desnuda (entonces las mujeres usaban ese atributo salvaje), que una noche, en los buenos tiempos de mi juventud, me abrazaba convulsivamente, murmuraba: «¡Soy tuya, toda tuya!», nunca se borrará jamás de la memoria de mi corazón y de mis sentidos.

Durante muchos años no pensé en esa mujer sin sentir un calorífico voluptuoso y una pasajera perturbación. Ahora, sin embargo, que sus cabellos están grises y cortados a lo «gargonnet», ya puedo analizar con serenidad las palabras que ella pronunció entonces, y que produjeron en todo mi organismo una dulce embriaguez. Esas palabras deliciosas, mi querida miss Dorothy, envuelven un concepto que me parece atentatorio de la dignidad y de la libertad humana. Ellas representan una supervivencia ancestral de los antiguos tiempos en que la mujer—el primer ser humano que cayó en esclavitud, como dice Bebel—era un simple objeto destinado al uso brutal del hombre. Hoy la mujer no puede dignamente considerarse propiedad de nadie, y el hecho natural y humano de amar a un hombre no presupone de modo alguno la alineación, en favor de ese hombre, de la plena libertad que tiene de disponer de sí misma. El amor no es una sujeción, es una asociación. La Eva moderna, que ha luchado por sus derechos, que ha conquistado una nueva situación jurídica en la familia, en la sociedad y en el Estado, que se emancipó, que tradujo plúrescamente la redención de su sexo corrigiéndose el pelo, fumando, usando monedero y bastón como un hombre, puede cederle a alguien, y felizmente lo hace, transitoria o definitivamente, la exclusividad de su preferencia amorosa, pero no le dice a nadie: «Soy tuya», porque, en amor, el concepto de la propiedad se acaba. —¡Pero estáis echando a perder el amor, exclamará miss Dorothy, cruzando la pierna y mostrando sus audaces pantalones azules, como las «pretty girls» de las academias de Kirovener.

—No hago tal cosa. Destruyo vuestras viejas frases y les doy una poesía nueva. En vez de «soy tuya», pienso que la mujer, aun cuando ame, debe afirmar cada vez más «soy mía». Y, con mayor razón, pienso que una mujer nunca debiera decir «soy toda tuya»—como la dama vestida de blanco de mi juventud—, porque semejante expresión envuelve una oferta inaceptable. Toda, es demasiado. Yo no necesito el domingo de la mujer amada, porque digiere bien; no necesito su cerebro, porque estoy acostumbrado al mío; no necesito sus

paz, por su valor y su elocuencia, de plantar cara a la Duma y a los enemigos de Rasputin. Con Bielecki, había pasado lo mismo. Los dos hombres iban a dar la batalla a los liberales y a los anti-rasputinianos.

El príncipe, el ministro y el subsecretario, invitaron a Rasputin a la casa del primero, acompañados de una señora, la señora Tchervinsky, mujer inteligente, intrigante y amiga de la Virubova y de Rasputin. Este, que acababa de regresar de su pueblo, aceptó la invitación malhumorado por haberse hecho los nombramientos de Kvostov y de Bielecki en su ausencia, aun cuando hubiese dado, primeramente, su asentimiento. La comida fué servida según el estricto menú rasputiniano: sopa de pescado, nuevamente pescado, un entremés, frutas y té. Rasputin no comía ninguna clase de carne. Tampoco fumaba. Al principio se mostró reservado, pero el vino de Madera comenzó a hacer su efecto y acabó bailando desenfadadamente y acariciando a la señora Tchervinsky.

En el comedor del príncipe Andronikof, quedó acordado que se entregarían a Rasputin mil quinientos rublos mensuales, que se iría restringiendo el círculo de sus amistades para poder ejercer sobre él mayor presión y más eficaz vigilancia, y que se pondrían a su disposición, según deseo de la emperatriz, cuatro automóviles militares. Rasputin oyó todo aquello con una complacencia extrema. El iba a ser el ministro de la Gobernación y nadie se movería en Rusia sin su autorización. Un periodista llamado Davidson, había publicado un artículo contra él y se mostró furioso:

—Vosotros no sois mis amigos y dejáis que vaya el mal por las calles. Al día siguiente, Bielecki, llevó la fórmula:

—Ese Davidson es un enemigo temible. Había visitado Prokoskoye, tenido relaciones con tu hija Matrona, héchose con documentos, y se proponía, con todo este arsenal de datos, hacer una campaña de escándalo. Yo lo he llamado, le he mostrado la ficha que de él tenía la policía y le he dado a elegir entre una remuneración y el destierro. No ha dudado y todos los papeles comprometedores han sido destruidos.

En aquellas comidas, los cuatro hombres decidían de todo. Entre pescado y pescado y copa y copa, Rasputin atendía los requerimientos de los tres compadres y de aquella señora Tchervinsky, que, llegado el momento, sumaba a los razonamientos y al vino, la eficacia, para Rasputin, siempre viva, de su encanto femenino. Nombramientos, negocios, destituciones, oportunidad o inoportunidad de ser abierta la Duma, todo pasaba por aquella mesa. Al final de la cena, antes de irse Rasputin a la Villa Rodé, el príncipe Andronikof le entregaba la soldada, mil, dos mil, tres mil rublos, «para sus pobres».

Pero Rasputin llegó a enfriar sus relaciones con Andronikof, a causa de la voracidad de éste, que se quedaba siempre con parte del dinero que le daban para Rasputin, o bien conducía egoístamente los negocios. Kvostov y Bielecki decidieron alquilar un piso para continuar las cenas a las que se somó el general Komisarof, jefe de Seguridad, especialmente en la custodia de Rasputin. Pero éste, no obstante las cenas y las prodigalidades del ministro de la Gobernación no accedía enteramente a sus deseos. Kvostov, por ejemplo, quiso atraerse a Rasputin para que accediera a secundar la necesidad de la reapertura de la Duma.

política exterior. La emperatriz comenzó a escribir al zar, pidiéndole la sustitución de Goremykine. El hombre necesario, el hombre de genio, era Sturmer.

—Lleva un nombre alemán—opuso el zar.
—Se lo cambiará.
—Será peor.

Sturmer, cuyo bisabuelo fué en Santa Elena el representante de Austria, contra los guardianes de Napoleón, conservó su nombre, y subió al poder exclusivamente como delegado de la camarilla rasputiniana. Cuando en marzo de 1917, el tribunal revolucionario le preguntaría por su programa constitucional, respondería que no tenía programa.

—Rusia estaba en guerra—le preguntaron sus jueces—. Rusia estaba próxima al desastre. Rusia tenía infinitas y complejas cuestiones a resolver. ¿Qué programa tenía usted?

—No tenía ninguno—respondió Sturmer—. En Rusia, cuando el emperador llama al poder a una personalidad, ésta no lleva consigo un programa.

Sturmer lo tenía. Rasputin lo tenía: la paz y la exaltación de la emperatriz.

Sturmer era, o la paz o la revolución. O la autocracia o la revolución. O Rasputin, o la revolución.

CAPITULO VII

Los ministros intentan el asesinato de Rasputin

—¿De qué vivía usted?—le preguntó el tribunal revolucionario en 1917 al príncipe Andronikof.

—De pequeños negocios, de envíos de mi familia. Pudo añadir: y de la policía. El príncipe Andronikof, que en otro capítulo hemos descrito, era un hombre entrometido e intrigante, admirablemente colocado en la corte, de la que sabía todos los misterios y todas las anécdotas. Un hombre así, íntimo de la Virubova, con entrada en palacio y en la casa de la emperatriz madre, influyente en los periódicos, periodista él mismo, a veces, se comprende que los ministros de la Gobernación quisiesen tenerlo adicto, sabiendo, además, que Rasputin, a pesar de temer su lengua y sus enredos, le otorgaba su amistad y su confianza, sabiendo sus admirables disposiciones financieras.

Así, al ser nombrado ministro de la Gobernación Kvostov, y subsecretario Bielecki, antiguo director de policía, el príncipe Andronikof comprendió que su influencia sería todopoderosa, reuniendo en su salón a Rasputin, a Kvostov y a Bielecki. Al fin, el había sido el que primero designó a Kvostov como un necesario ministro de la Gobernación. La Virubova lo había aceptado, Rasputin, que se había hecho su amigo y que admiraba su voz de barítono y su capacidad para la francachela, asintió a la designación, y la emperatriz, convencida, se encargó de imponerlo al emperador como hombre de energía, ca-



Suceso
(por Alberto Durán)

RIÑA riña

Triángulo
(por Alberto Durán)

•••••
•••••
•••••
•••••
•••••
•••••

Sustitúyense los puntos por letras, de forma que se lea horizontal y verticalmente: 1.º, animal; 2.º, en las flores; 3.º, tiempo de verbos; 4.º, consonante; 5.º, nota musical; 6.º, vocal.

Charada
(por Rivettes)

Me replicas, Heliodoro,
que mi *segunda-tercera*
es fea y *primera-tercera*
sin mirar de aquella *todo*
que te compraste hace días
lo feísima que es.

Tarjeta
(por Pepita Feixas)

Koosialks
cura de
Weinar

Combinar las precedentes letras de forma que resulte el nombre y apellidos de una mujer galardonada con el Premio Nobel.

Baineario
(por Simi Marba)

100
100
Fuebio de Cataluña

(Las soluciones en el Extraordinario del próximo domingo).



Acuse de recibo

Alberto Durán. — Publicamos, como verá, otros dos de sus pasatiempos. Irá, también, algún otro, la semana que viene. El jeroglífico como primido, la verdad, me parece... demasiado sencillo.

Rivettes. — Por hoy, va una de las charadas. ¡Quién sabe si otro día me decidirá a dar a las cajas lo demás... Todo puede ser.

Simi Marba. — En un arrebato de buena voluntad, le publiqué el «Pueblos». Lo demás... lo demás va a la solución de dicho jeroglífico.

Jaime Quintana Vives. — Ahí tiene usted su «Capital». Lo demás no lo tiene usted en ninguna parte, por que lo he roto. ¡Mire que llamar a la cara «efecto físico»!... ¡Es como para que se «nos» caiga el «efecto físico» de vergüenza!

Pepita Feixas. — Irá el logogrifo numérico. Pero haga cosas más cortas. La tarjeta, a la publicamos hoy.

J. Albas Verdguer. — Lo publico, por ahora, el comprimido. La solución del de la rebaja de precios, es bastante... rípicos.

NOVELARAYN

En esta sección publicaremos los pasatiempos que se nos remitan, haciendo constar el nombre de su autor, con los únicos requisitos de que vengán acompañados de la solución correspondiente, sean inéditos y originales... y están bien

Soluciones a los pasatiempos insertados en el anterior Extraordinario:

Sólo Dios lo es: Todopoderoso.

Protector: Mecenaz.

Echó a perder el Paraíso: Serpiente.

Lo tenemos en la cabeza: Calavera.

¿Y tus hijos?: Uno está lejos de mí.

¿Cómo está tu suegro?: Después de la operación, más grueso que antes.

Nación: Portugal.

Ya están los certificados en el domicilio del destinatario: Entregados.

Charada primera: Escopeta.

Charada segunda: Marecá.



HISTORIA NATURAL

LA CORNEJA

Esta ave pertenece a la familia de los corvidos, siendo muy parecida al cuervo, pero difiere de él por ser algo más pequeña, tener el pico menor, la cola redondeada y el plumaje lacio y brillante.

La corneja era considerada antiguamente como un ave fatídica, aunque estaba consagrada a Apolo. Su canto era funesto para los que emprendían algún negocio, y se la invocaba el contraer matrimonio, por creer que esta ave, al morir su pareja no volvía a mirar a otra por lo que se la tenía por el símbolo de la fidelidad conyugal.

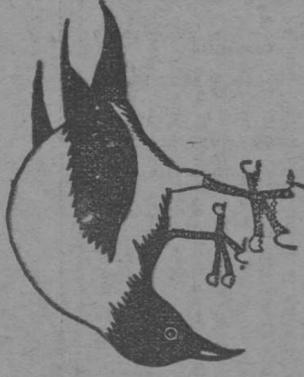
Este pájaro figuraba también en el reverso de algunas medallas, como asimismo en algunos templos y en los bosques de Minerva y estaba bajo la protección de la Concordia.

La corneja cenicienta se encuentra en todo el E. de Europa, en Siberia hasta el Jenissei, en el Centro de Asia y el Asia Menor y en Egipto.

En cambio la negra habita en el O. y S. de Europa y en algunas regiones de Asia.

Estas aves viven reunidas en parejas, en los bosques poco montañosos; son bastante sociables, vivarachas y sumamente atutas; pasan de unos países a otros en diferentes estaciones, pero sin realizar sus emigraciones con regularidad como otras aves.

Las naturalistas señalan a estos pájaros como omnívoros; pero en su alimentación entran las substancias animales, ya que si bien comen diferentes granos y frutos, de-



CLASES DE PAN

En un examen el catedrático pregunta las diferentes clases de pan y quíenes las consumen, y dice a uno de sus alumnos: —¿Quiénes comen el pan de centeno?

El alumno duda y al cabo responde: —Los centenarios.

voran con más preferencia avechillas, pequeños mamíferos, reptiles, etc.; saquean los nidos y no desprecian las carroñas, en busca de las cuales recorren a veces distancias enormes.

Suelen anidar en las copas de los árboles muy altos, cuidando con gran celo de la prole a la que defienden con valor de los ataques de las grandes rapaces.

Viven bien en cautividad y aprenden a pronunciar algunas palabras, como los loros, pero son molestos por su mal olor y su travesura.

Es curioso el odio que tienen las corne-



GALERIA DE HOMBRIS CEREBRIS

RICARDO ARKWIGHT

Tanto por la importancia que tuvo en la industria británica, como por su talento mecánico, su carácter emprendedor, sus facultades organizadoras y deseos de hacer fortuna, la figura de Arkwight, de aquella sobre todos los demás inventores en el ramo de hilados y tejidos. Este industrial inglés, nació en la aldea de Preston, en el año 1732, en humilde cuna, siendo muy deficiente la instrucción que sus padres pudieron darle.

Ricardo era ya hombre cuando decidió instruirse, robando cada día una hora de sueño para dedicarla a la caligrafía y ortografía, y otra al estudio de la Gramática.

Muy joven todavía se dedicó al oficio de borbhero, y a los dieciocho años se estableció independientemente en el pueblo de Bolton, manifestando ya su talento e inventiva, descubriendo una receta muy buena para teñir y preparar el cabello, con la cual pudo ganar algún dinero.

En sus viajes por los pueblos ofreciendo su invento a los peluqueros, oyó hablar de los intentos de un tal Tomás Higgs en la construcción de una máquina que simplificaba mucho el hilado de algodón.

Ricardo concibió entonces la idea de resolver el problema y realizó algunos ensayos preliminares.

Poco a poco fueron tomando forma sus planes y de tal manera se apoderaron de su pensamiento, que abandonó toda otra ocupación para dedicarse de lleno al invento.

—¡Yo nunca te he sido infiel!

Pues bien, yo tengo la certidumbre de que todas las pequeñas bocas pintadas que la han dicho menten. Las mujeres que fueron siempre fieles nunca sienten la necesidad de decirlo. La virtud es silenciosa y no comprende que sea necesario proclamar sus propios méritos. De escaso valor sería la piedra preciosa que necesitase andarle diciendo a todos que no es falsa.

Lo que no quiere decir, miss Dorothy, que el ser fiel para una mujer no sea mucho más difícil de lo que piensa la generalidad de las gentes. Hay mujeres que sinceramente creen serlo, y que en realidad no lo son. Y no lo son porque no es sólo infiel la hija de Eva—o de Colombine—que,

estando consagrada al afecto de un hombre, acepta los galanteos de otro; para cometer una infidelidad, para pecar contra el amor, basta una mirada, una sonrisa, una palabra, un simple pensamiento inconsciente.

—Pero, ¿vos sólo habláis de las mujeres? ¿Y los hombres? ¿No son también infieles? ¿No nos engañan acaso mucho más de lo que los engañamos a ellos?

—Oídme, miss Dorothy. Respeto de los hombres, debo hacerlos una confesión que me avergüenza. He conocido muchos hombres fieles en religión, muchos hombres fieles en política, muchos hombres fieles en negocios, y hasta muchos hombres fieles en la amistad. Hombres fieles en el amor, miss Dorothy, todavía no he conocido ninguno.

YO NUNCA TE FUI INFIEL

Cuántas veces, a través de los tiempos, las mujeres han repetido la frase célebre que la Colombina de la comedia italiana, al salir de los brazos de Arlequín, le dice al pobre Pierrot, entornando pídicamente los ojos:



LA BATALLA DE LOS ARAPILLES

Corría el año 1812. Decidido lord Wellington a aprovechar la circunstancia favorable de hallarse Napoleón empeñado en la desastrosa campaña de Rusia...

El mariscal Marmont, que ocupaba Salamanca con un ejército denominado de Portugal, evacuó la plaza en la noche del 16...

Retiróse entonces de nuevo sobre Toro y Tordesillas perseguido por los aliados, que se detuvieron en Rueda al pasar los franceses a la orilla derecha del Duero...

En la noche del 16 de julio, pasaron por fin los franceses el Duero por Tordesillas, después de haber amagado el paso por Toro...

Comenzaron entonces ambos ejércitos una nueva serie de maniobras, echando por establecerse los ingleses en San Cristóbal de la Cueva, en la orilla derecha del Duero...

Por su parte, los franceses desplegaron sus fuerzas, posicionándose de las alturas de «Nuestra Señora de la Peña» y el «Arapiñal» grandes, excelente posición que los aliados comestieron la falta de no ocupar por



RICARDO ARKWRIGHT (1732 - 1792)

excepcionales de derechos prohibitivos. A partir de entonces, la industria del algodón tomó un rápido vuelo.

Ricardo y sus socios habían empleado ya más de cincuenta mil duros en maquinaria, sin haber sacado provecho alguno.

A pesar de que más tarde perdió los derechos de inventor en lucha con sus impugnadores, su nombre se hizo célebre y su fortuna fué constantemente en aumento.

Por los grandes servicios prestados a la industria británica, el que antes había sido barbero, recibió toda clase de honores y fué elevado a la nobleza.

B. S. N.

anticipado, y como el frente de combate de aquellos resultara marcadamente oblicuo en relación al de los últimos y las maniobras del ejército francés demuestran con claridad el propósito de Marmont de envolver el ala derecha de los ingleses...

Pero al advertir Wellington, que el enemigo, en su afán de estrecharle, prolongaba demasiado su ala izquierda, cambió súbitamente de plan y ordenó el ataque general.

Este plan tan hábilmente concebido, fué ejecutado rápidamente y con la mayor decisión; el ala izquierda francesa fué desbaratada con pérdida de 3.000 prisioneros...

En esta situación se hallaba el combate a las cinco de la tarde, cuando el mariscal Marmont acudió en persona para tratar de restablecerlo...

Aun cuando la retirada del ejército francés se hizo en buen orden, los imperiales abandonaron en el campo de batalla nueve banderas y estandartes, once cañones y 7.000 prisioneros.

Los efectos de esta brillante victoria, anticipado, y como el frente de combate de aquellos resultara marcadamente oblicuo en relación al de los últimos...

Los efectos de esta brillante victoria, anticipado, y como el frente de combate de aquellos resultara marcadamente oblicuo...



LA RESISTENCIA DEL AIRE

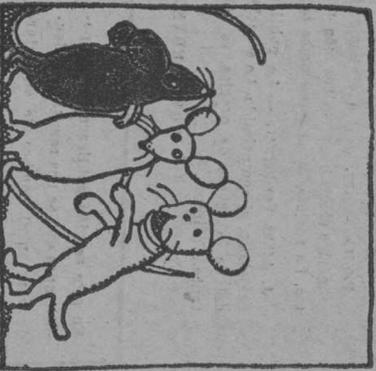
La inercia del aire—la resistencia que como todos los cuerpos, ofrece a ser movido—, es una cosa que tal vez os tenga completamente sin cuidado.

No obstante, vamos a realizar un pequeño experimento, demostrativo de aquella inercia.

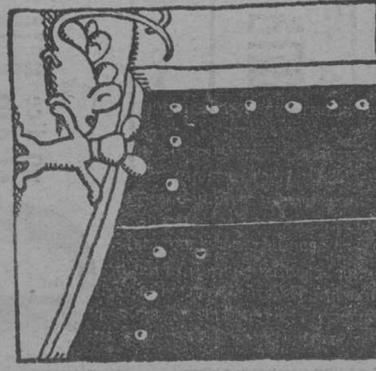


¿Por qué? Pues, tomad nota: ¡porque sobre el papel gravita un gran masa de aire! Argumento convincente e irrefutable.

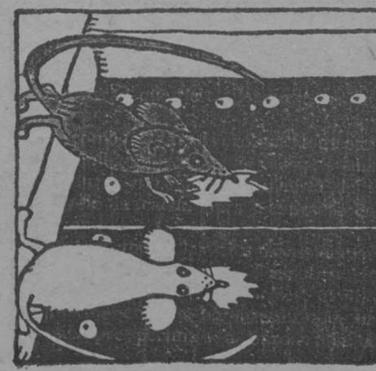
Historia breve y sencilla, de Narigón y Chatilla.



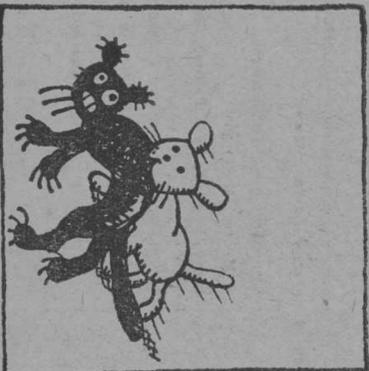
Chatilla ve a unos ratones y hace sus proposiciones: —Si aceptáis todos mis tratos, juro liberaros de gatos.



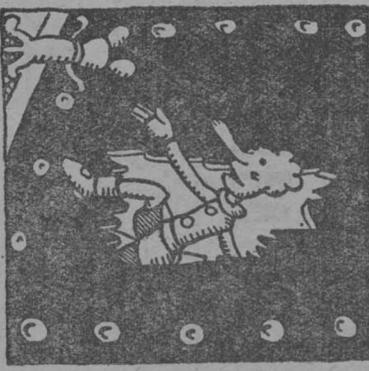
—¿Véis la téntrica morada? Roed su puerta de entrada, que está mi amo prisionero y varíe en libertad quisero.



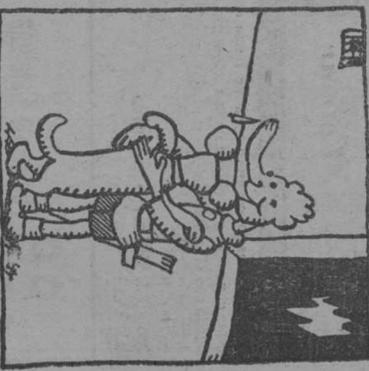
Los ratones... ¡hay que ver como empiezan a roer! ¡Trabajan como si fueren la puerta, rico «gruyeres».



Mientras, Chatilla, valiente, a los ratos clava el diente. No es perra chita. Yo creo que por buena es «amadeos».



Roida está ya la puerta y Narigón que está alerta, puede escapar tan pimpante del tremebundo gigante.



Y da gracias a Chatilla que se portó a maravilla, demostrando de verdad el valor de la amistad.